

## F.F. I. Partes de un hueco

Matt Fraction, Mike Allred y Laura Allred

Panini, 2013

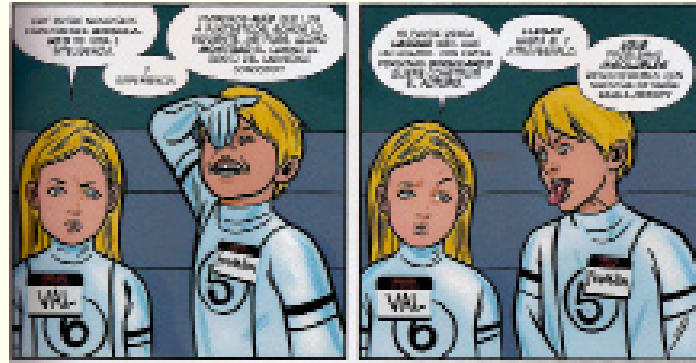
Es posible que los halagos unánimes que ha recibido la serie *Ojo de Halcón* y las bocas que su dibujante, David Aja, ha dejado abiertas con sus imaginativas composiciones de página, hayan eclipsado en cierta medida los méritos de una serie, *F.F.* (*Future Foundation*, o *Fantastic Faux*, según se mire), que en otras circunstancias hubiera hecho correr tantos ríos de tinta como lo han hecho las peripecias de Clint Barton. Y es que el guionista de ambas series, Matt Fraction, juega en *F.F.* no ya en otra liga, sino a un juego bien distinto. Si en *Ojo de Halcón*, lo superheróico es un pretexto para contar historias cotidianas de tono *noir* sobre cómo un hombre intenta sobrevivir al desastre en que se ha convertido su vida, en *F.F.* lo superheróico es también una excusa, aunque en este caso su fin es muy distinto: explorar qué nos puede decir sobre nuestra propia vida, sobre nuestra propia familia, un concepto tan alejado de la realidad como el del “grupo de superhéroos”.



Nada que no hicieran ya Stan Lee y Jack Kirby en *Los Cuatro Fantásticos*, claro está; al fin y al cabo, *F.F.* es un *spin-off* de la Primera Familia de Marvel. El elemento diferencial lo pone Mike Allred, un dibujante que comparte con Kirby no solo ciertos rasgos de estilo, sino también una habilidad que roza lo insultante para captar emociones humanas genuinas en medio de todo el confeti de colorines, tanto en el gesto facial como en el “movimiento” de los cuerpos. Pero hay una gran diferencia entre Kirby y Allred. El primero era especialmente diestro a la hora de representar emociones extremas como la violencia, el odio, los celos o la megalomanía (¿cuánto de lo que vio en Bastogne durante la guerra afectaría para siempre a su obra?), mientras que emociones más intermedias como la ternura, el afecto o el amor siempre acababan un poco ahogadas por su trazo más *kitsch*, tal vez debido a que la forma que tenía Lee de plantear las relaciones humanas era básicamente un cliché, quién sabe, pero el caso es que Susan Storm siempre pareció un maniquí de escaparate parándose en diferentes poses.

A Allred le pasa justo lo contrario. No parece tener gran interés por las emociones violentas y, cuando las aborda, imita deliberadamente las poses más kitsch y vacías de Kirby. Sin embargo, en todas sus viñetas incluye detalles exquisitos y sutiles que podrían pasar por gestos casuales captados en una foto familiar o en una película casera de Super 8 rodada durante una barbacoa. Ambos son dibujantes en busca de lo absoluto, si bien la búsqueda de Kirby tiene lugar en el terreno de lo cósmico y de la esfera macroemocional. Allred, en cambio, encuentra el sentido de la maravilla en el interior de las cosas pequeñas: una expresión de sorpresa, un mohín de soledad o la mirada inocente y emocionada de un niño al verse, de repente, a las puertas de una aventura. Por eso, Allred es el dibujante ideal para retomar uno de los conceptos fundacionales de la Marvel: dar cuenta de los intercam-

bios de afecto y crueldad que se dan en el seno de toda familia. Y lo es por la misma razón por la que Alan Davis fue el dibujante perfecto para *Excalibur* o John Byrne para cierta etapa de *La Patrulla-X*: nadie como ellos supieron condensar en la expresión de unos ojos, las inquietudes, el miedo al abandono y las alegrías que provoca la vida en comunidad, haciendo que dichas emociones nos resultaran inmediatamente reconocibles a los lectores niños de aquella época.



La delirante premisa de *FF* guarda cierto parecido, precisamente, con la de *Excalibur*. Ante la ausencia del núcleo familiar (en este caso, los Richards y sus hijos, junto con Ben y Johnny), se forma un supergrupo sustituto totalmente disfuncional, cuyas interacciones servirán para poner en primer plano las corrientes subterráneas que rigen la vida de toda familia (las “corrientes de amor” que llamaba John Cassavetes). Los Cuatro Fantásticos han decidido tomarse un año sabático, o mejor dicho, Reed, el patriarca de esta familia tradicional, ha resuelto llevarse a los suyos de excursión por el tiempo y el espacio con el fin de encontrar una cura al cáncer que le afecta, sin decirle por supuesto, ni una palabra de esto último a su querida mujercita. No vaya a preocuparse. El problema es que, desde hace un tiempo, el edificio Baxter alberga la Fundación Futuro, una especie de escuela para niños talentosos como la de Xavier, cuya matrícula está abierta a otras minorías como, por ejemplo, extraterrestres, clones y hombres peces. Reed necesita que alguien se haga cargo de la guardería y, puesto que la gestión de Recursos Humanos no es uno de sus superpoderes, le ofrece el trabajo a las cuatro personas menos cualificadas para tratar con los problemas hormonales derivados de sistemas glandulares pre-adolescentes tan diversos: el Hombre Hormiga, un padre que acaba de perder a su hija; Hulka, una adicta al trabajo con cierta tendencia a sufrir accesos violentos; Medusa, una aristócrata acostumbrada a que sus súbditos hagan todo lo que ella diga; y Darla Deering, una novia de Johnny Storm que, además de ser una superestrella del pop sin poderes, no es mucho más adulta que los niños chiflados que tiene que cuidar.



Reed ha maquillado su viaje como excursión pedagógica para sus hijos (¿qué mejor forma de aprender lo que es el Big Bang que visitarlo?) y aunque este vaya a tener, en principio, la duración de un año, las maravillosas paradojas del tiempo einsteniano les permitirán volver en tan solo cuatro minutos. Quizá por ello no se hayan molestado en buscar sustitutos más cualificados, pues ¿qué de terrible puede pasar en el tiempo que tarda uno en bajar a por cigarrillos? Nada, a no ser que... los Cuatro Fantásticos no vuelvan. Y eso es precisamente lo que ocurre:

transcurridos los cuatros minutos, los improbables nuevos líderes de la Fundación Futuro se quedan como pasmarotes mirando la grieta espaciotemporal suspendida en el vacío por la que deberían haber aparecido de vuelta los viajeros. Pero nada. Así que no les otra que volver al aula y... bueno, intentar enseñarles algo útil a estos chavales.

Por supuesto, un gran peligro acechará a la Fundación Futuro durante la ausencia de sus benefactores. El Dr. Muerte, Annihilus y Kang el Conquistador se han unido en un triunvirato de conveniencia para arruinar el legado que los Cuatro Fantásticos han dejado en la tierra, pero esto no deja de ser un mero MacGuffin del que, por suerte, Fraction solo se acuerda de tanto en cuando, porque lo que de verdad le interesa es coger todos esos interludios claremontianos en los que, entre pelea y pelea, la Patrulla-X se iba a jugar al béisbol, y hacer de ellos el tema principal de una serie que, por desgracia, se cierra en el número 16 con la partida primero de Fraction y, después, la de Allred y el resto de su familia.

Así que lo que tenemos aquí es el primer volumen de los dos que componen uno de los mejores cómics infantiles que ha dado la Marvel. Y digo infantil en la mejor de sus acepciones, aquella que sirve de respuesta a las amargas, y en parte justificadas, quejas que recientemente expresaba Alan Moore con respecto del cómic de superhéroes, un género que al haber perdido su público original, los niños, ha perdido con él su valor más preciado, el asombro y el sentido de la maravilla, a cambio de una nostalgia de plástico para treintañeros que, en último término, resulta vacua.<sup>1</sup> Sentido de la maravilla hay a raudales en *F.F.*, pero no porque vaya dirigido a un público infantil, sino porque apela precisamente a otra de las cualidades que Moore acusa al género superheroico de haber perdido: la conexión con la realidad. Y es que no hay nada más cercano al sentido de la maravilla que la capacidad que un niño tiene de asombrarse e ilusionarse ante las cosas nuevas, ante todos esos acontecimientos que le hacen aprender cómo es la vida de verdad.

Este primer tomo de *F.F.* está repleto de escenas en las que dicho aprendizaje emocional aparece convenientemente disfrazado con los ropajes de la fantasía, siempre desde el punto de vista de un niño, o de algún adulto que no ha dejado de serlo (para bien). Así, las peripecias de Bentley-23, clon infantil de El Mago, que se sabe destinado a ser un supervillano el día de mañana, parece tener bastante más importancia que los estereotipados y cansinos planes de conquista del Dr. Muerte. A Bentley se le presenta la ocasión ideal de practicar su villanía ayudando a sus amiguitos topoides, Tong, Turg, Mik y Korr, a estropear una cita romántica entre Wyatt Wingfoot y Hulka, objeto ésta última de los desvelos amorosos de los encantadores niños subterráneos. Pero



<sup>1</sup> Este juicio de Alan Moore ha sido recogido en diversos medios, entre ellos el diario británico *The Guardian* y *El País*. La entrevista original, sin sus declaraciones sacadas de contexto, puede encontrarse en: <http://slovobooks.wordpress.com/2014/01/09/last-alan-moore-interview/>



Bentley no puede evitar su propia inocencia y, al desencadenar contra la pareja el ataque de un leviatán marino especialmente bondadoso y torpe, el monstruo no consigue ni siquiera emerger del agua, haciendo que los reflejos de la luz sobre su piel provoquen una especie de aurora boreal subacuática que crea la atmósfera perfecta para que los tortolitos cierren su cita con un beso.

Esta escena resume perfectamente el espíritu de *FF.* al romper con las viejas categorías del Bien y del Mal asociadas con los códigos del género para hacer que emerja lo que verdaderamente importa: los sentimientos que nos llevan a cometer actos malos y actos buenos; es decir, ese “plus” de realidad que Moore busca y no encuentra. Por eso son aquí tan importantes los juegos y las travesuras de los niños, pues a través de ellos y de la imitación de las conductas de los adultos, lo que persiguen es integrarse en una comunidad en la que se sientan queridos. (Con el tiempo y gracias precisamente a esta villanía frustrada, uno de los niños topo descubre que lo que verdaderamente le gusta es vestirse como una chica, gracias a lo cual supera su obsesión por Hulka y empieza a descubrirse a sí mismo).

Hay que decir, sin embargo, que lo mejor de *FF.* está aún por llegar, pues, con la salida de Fraction y la incorporación como dialoguista de Lee Allred, el hermano de Mike, la serie afianzará su anclaje con la realidad en el siguiente y último volumen, llegando a alcanzar cotas emocionales y humorísticas memorables en una escena en la que se asocia el racismo infantil con el hecho de que en los cómics Marvel exista una regla no escrita que clasifica a los personajes como héroes o villanos en función de que los colores de su uniforme sean o no primarios. Sirva este primer volumen de *FF.*, titulado aquí en España “Las partes de un hueco”, como introducción y monumento al trabajo de la que debería ser considerada la verdadera Primera Familia de la Marvel, los Allred, autores también (con Peter Milligan) del que es mi modesta opinión el mejor cómic autorrefencial jamás publicado por la Casa, *X-Force / Xtatix* (con perdón de Steve Gerber) y del título con el que darán continuidad a sus delirios en *FF.: Silver Surfer*.

Qué lástima que Alan Moore ya no lea cómics de superhéroes. Le encantarían.

ROBERTO BARTUAL

*Después de una breve carrera como actor de cine (El abuelo, la condesa y Escarlata la traviesa, Jess Franco, 1994), Roberto Bartual (Alcobendas, 1976) decidió perseguir la mucho más lucrativa carrera de escritor. Co-autor de La Casa de Bernarda Alba Zombi y traductor, actualmente colabora con el colectivo Dátil (Dramáticas aventuras) y Julián Almazán como guionista en varios proyectos relacionados con el cómic. Sus relatos pueden encontrarse en las antologías Ficciones (Edaf) y Prospectivas (Salto de Página). Es editor y redactor de la sección de cómic de la revista digital Factor Crítico. Obtuvo el premio extraordinario de doctorado 2010/11 en la Universidad Autónoma de Madrid con la tesis Poética de la narración pictográfica: de la tira narrativa al cómic, y su investigación en esta área puede encontrarse en publicaciones como Studies in Comics, Journal of Scandinavian Comic Art o Revista de Arte Goya. Aunque ha descubierto que para ganarse la vida tiene que dar clases de Literatura Infantil y Ciencias Sociales en la Universidad Europea de Madrid.*